

Carolyn Richmond

La Castilla de Gómez de la Serna

Ramón Gómez de la Serna establecía íntimas—a veces obsesivas—relaciones no sólo con las cosas sino también con los lugares, llegando a identificarse con ellos de un modo sumamente complejo, dentro de lo cual desempeñaría un papel importante la tensión que en el escritor se daba entre su afán de permanecer en un lugar y el que sentía por viajar. A esta tensión responden numerosas obras de tema madrileño así como otras que reflejan sus viajes a París, Londres, Suiza, Portugal, Nápoles, Buenos Aires. . . , sin contar con *viajes* a sitios desconocidos para él pero cumplidos en su incansable imaginación. De todas las ciudades de su propio país—además de la capital—, quizá la que más le fascinaba era Segovia, que, gracias en gran parte al cargo de su padre como Registrador de la Propiedad en aquella ciudad, llegaría a conocer a fondo. El resultado final de su relación simbiótica con Segovia fue *El secreto del Acueducto*, novela en que buscaba su autor, según dice en el capítulo XCVII de su *Automoribundia*, “la sombra y la luz de la realidad castellana.”¹ Segovia representaría para él, a juzgar por el texto de dicha novela, la esencia de Castilla, región española que había descubierto de niño muchos años antes.

El ensayo palentino

Fue en una experiencia infantil, conectada también con la carrera de su padre—con el primer puesto que le tocó desempeñar como Registrador de la Propiedad tras unas duras oposiciones—, donde se encuentran las raíces del profundo sentimiento hacia lo castellano que más tarde tendrá su expresión literaria en *El secreto del Acueducto*. Se trata de los tres años que estuvieron él y su hermano menor, José, internos en el Colegio de San Isidoro en Palencia, años evocados por Ramón en el capítulo XVI de *Automoribundia*. En 1898² don Javier Gómez de la Serna llevó a su mujer e hijos³ a un pueblo de la provincia de Palencia llamado Frechilla, donde permanecerían hasta su vuelta a Madrid en 1901. “La casa era grande—escribe Ramón, al contar la llegada allí de la familia, una madrugada

fría—, y estaba recalentada por el sorprendente procedimiento que venía de los moros, de tener paja encendida en un espacio hueco debajo de las habitaciones. ‘Aquí lo podemos pasar bien,’ fue la impresión de todos, y cerramos la puerta de calle, encantándonos con el desayuno de pueblo, sabroso y espumoso.” Este énfasis en sensaciones físicas como el calor o el sabor, aun siendo propio de los recuerdos juveniles de todo el mundo, es, muy específicamente, peculiar a nuestro autor, cuya obra entera está penetrada por los cinco sentidos. “Después todo fueron descubrimientos: un patio con malvas reales, un corral y la puerta trasera con sus rendijas, por las que entraban los trastos de las afueras. El pueblo castellano tenía intimidad y donosura—continúa, pasando de los detalles concretos a la observación más amplia—, y hasta los pegujaleros mostraban hidalguía de pana rayada.” Mas la felicidad de este paraíso pueblerino fue interrumpida bruscamente al verse privado el muchacho de su nueva libertad: “Todo hubiese acabado bien—dice—y hubiéramos llegado a ser sacristanes aseñoritados, si no hubiese pensado mi padre en meternos internos en un colegio de Palencia, a mi hermano Pepe y a mí.” Fueron a vivir, pues, en el Colegio de San Isidoro, “que había de ser nuestra cárcel durante tres años descontadas las vacaciones.”

Establécese aquí un contraste entre las restricciones de aquella “cárcel,” sobre todo al comienzo, y la libertad de que disfrutaría, en diversos grados, fuera del colegio: algo que recuerda la tensión que se percibe en ciertas novelas ramonianas entre el afán de viajar—lo transitorio—y el gusto de la permanencia. Tanto el anhelo de la libertad como su gradual adquisición corresponden asimismo al tránsito de la niñez a la adolescencia que hubo de cruzar nuestro autor durante este período clave. En el primer año de su internado, el Colegio de San Isidoro ocupaba todavía un caserón que había pertenecido a la Inquisición, dando lugar a muchas fantasías juveniles por parte de los estudiantes, quienes, como cuenta Ramón, buscaban—y encontraban—durante los recreos huesos de muerto: “nos interesaba ver los restos de las salas de suplicio, impresionándonos sobre todo la de la gota de agua, una habitación estrecha sobre la que había un gotero, que era el que iba ablandando la cabeza del sentenciado, gota a gota, hasta horadar su cerebro.” El edificio había sido, en épocas anteriores, una auténtica cárcel. Lo que molestaba sobre todo al joven Gómez de la Serna era precisamente la privación de su libertad. Y el ambiente: “Todo era tenebroso en aquel colegio—escribe—, desde las alcobas hasta el salón de estudio, al que bajábamos a las cinco de la mañana en plena heladuría y con luz de quinqués.”

Las mañanas ofrecían, sin embargo, una relativa libertad: “salíamos

muy temprano hacia el instituto provincial que estaba a la vera del río, y allí esperábamos las horas de las diferentes clases, hasta que pasado el medio día volvíamos al encierro del colegio en que estábamos internos. Eran unas horas libres, por más que estuviésemos vigilados por los pasantes, pues hacíamos la misma vida que los que después se iban a sus casas y eran libres para divagar por la ciudad y pasear por los soportales.” Parece haberles agradado a todos los muchachos el bondadoso e indulgente director del Instituto así como el ambiente poco riguroso, con espacios independientes “para saborear la helada y jugar en las barquilleras caramelos, cohombros y churros.” En los días de suerte—leemos un poco más adelante—podíamos llegar al río y asomarnos a sus puentes y a sus huertas. Era una bocanada de claridad universal que nos consolaba del confinamiento en los claustros del colegio.” De esta relativa libertad narra Gómez de la Serna sólo dos incidentes—ambos decisivos—que sucedieron en la anchurosa “rampa de las afueras del Instituto a la vista de la Catedral,” uno de ellos relacionado con el río, y el otro con las golosinas que se vendían a la entrada del Instituto.

El primero—el recuerdo de un ahogado que sacaron del río—sirve como especie de cierre dramático para la descripción de un descubrimiento hecho por el joven Ramón acerca del tiempo: el “gran acontecimiento de que estuviese sucediendo el pasado al mismo tiempo que el presente.” Parece implícita en lo que sigue la identificación de Castilla con España: “La historia de España, su historia antigua unida a su historia moderna, pasaban por el cauce de aquel río, pues aunque se diga que el agua que pasó no vuelve, había una vuelta sigilosa del agua antigua sin dejar de estar mezclada a un agua nueva. Yo veía los dos tiempos—concluye—como he tenido la suerte de seguirlos viendo siempre.” En efecto, la permanencia del pasado dentro del presente—motivo recurrente en su obra narrativa—es uno de los elementos básicos de *El secreto del Acueducto*, donde lo castellano coincide también con lo español. En cuanto al ahogado—un hombre maduro de la misma clase social que él—, dice Ramón que en su recuerdo “aquel señor tiene algo de pariente en ese grado, y siempre que se me aparece va hacia él una ternura de sobrino desolado.” Esta observación resulta menos extraña, quizá, si se toma en cuenta la obsesión con la muerte que se descubre en toda su obra, así como la estrecha relación—casi de parentesco—que él, como autor, sentiría más tarde hacia ciertos personajes suyos.

El segundo incidente—subjetivamente grave para el joven Ramón—está contado con más detalle. Se trata del antojo que tuvo de comprarse un panecillo en una tahona al por mayor que había al lado del Instituto:

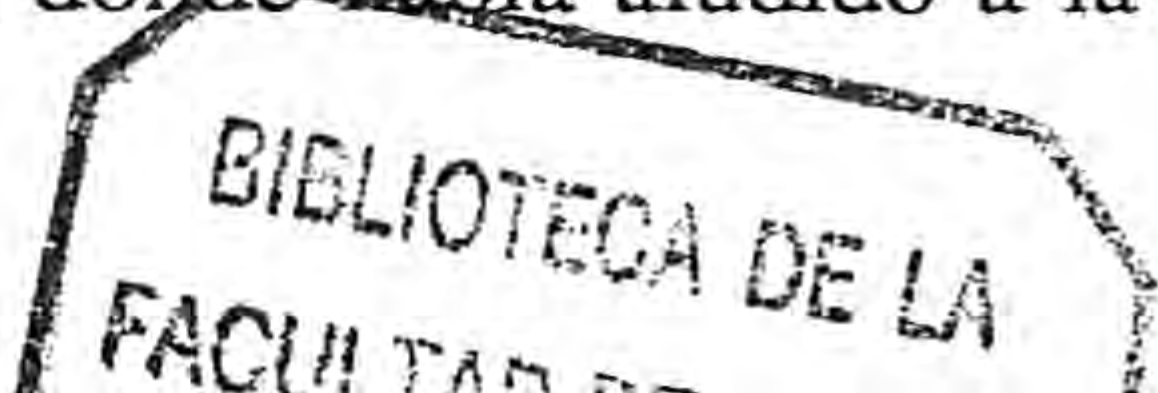
“Yo hacía tiempo que sentía el apetito de uno de aquellos panes recién hechos que crujían con risa de niño en lo recatado de la clausural tahona. ¡Qué bien debía saber recién sacado del horno uno de esos panecillos en los que se solazaba y se esponjaba el trigo de Castilla, el grano que granaba en aquella tierra cuyo horizonte tenía delante y cuyas espigas veía pasar de verdes a amarillas mientras seguía mis cursos!” Por fin se anima a entrar, y elige uno: “el más blanco, aquel al que la tostadura no había estragado la nalga pura del pan castellano.” Tras pagarlo, sale a la calle: “Al salir a la luz di el primer mordisco al panecillo, y me dediqué a saborear toda la cáscara sin hacer más que comparar pan con luz.” Se imagina comprándose un pan todos los días para matar “como se debe” el hambre de las diez y media: “Aquel pan me daría una fuerza saludable que no podían dar las futesas que vendían los parásitos de las barquilleras. Yo pondría el escapulario de aquel pan blanco y puro entre pecho y espalda y contrastaría con mi pan todas las emociones del día.” De vuelta al colegio, se entera de que la noticia de su compra se le ha adelantado: le regaña el director por haber “deshonrado” el colegio, pues había dado a entender a la gente que allí dentro se pasaba hambre—algo que nunca podría ocurrir, añade, con la compra de golosinas . . . “Con las orejas gachas—concluye—, consternado, con el panecillo bailarín y ácido en el estómago, bajé las escaleras y me metí en un rincón.” Aunque jamás volvería a incurrir en el pecado, confiesa que todavía “no he podido olvidar el sabor de aquel panecillo clandestino y cuscurrente, y en el recuerdo de él cuando voy al restaurante me como un canastillo de panecillos, de esos panecillos especiales que sólo despachaban en aquella tahona de Castilla, y que sólo a veces se encuentran en una fonda de estación, en un hotel, en un figón, siempre fuera de casa.” Ese amor suyo al pan castellano tendrá su máxima expresión literaria en *El secreto del Acueducto*.

Los recuerdos del año siguiente—cuando haría la primera comunión—tienen un tono más positivo. Por lo pronto, el colegio estrenó un nuevo edificio, al lado de la catedral. “Afortunadamente,” dice el autor, “el internado tuvo el optimismo del colegio nuevo, y en aquel contraste lleno del espíritu inmortal de Castilla la Vieja, saturado del deseo de serenidad que es el escribir, sentí la vocación de mártir que había de formar mi vida literaria.” Pidió permiso para velar con los internos castigados a no acostarse a las diez (había que levantarse a las cinco todos los días), y pudo dedicar dos horas cada noche a leer y escribir. “Ya estaba mi suerte echada—comenta—, mi ejercicio de vigilia y ayuno, mi nocturnismo, mi fe en el explorar el pensamiento sobre cualquier sacrificio o incomodidad.” Quizá, como sugiere aquí, en esta experiencia juvenil, estén las raíces de

esa costumbre suya, descrita en el capítulo LXXXIX de *Automoribundia*, de escribir toda la noche, acostándose tan sólo a la madrugada. Lo cierto es que el acto mismo de escribir, así como el tema de la vocación literaria, constantes ambos en su obra narrativa, desempeñarán un papel importante en *El secreto del Acueducto*.

Al mismo tiempo se despierta en él un interés por la belleza femenina, sobre todo en cuanto traducida en carne y hueso. Por las ventanas de aquel salón de estudio “se veía bien el patio y galerías de la Normal de maestras—escribe—, y me obsesioné con una auxiliar, mayor que yo por lo menos en veinte años, rubia trigueña, de buen perfil plástico.” Este “amor inusitado” coincidiría, pues, con el despertar sexual. Mas ella lo ignora: “¿Cómo pudo hacer caso al niño con gorra de colegial que faltaba a las clases del Instituto para ir junto a ella, azarado y arrebatado, llegando al rubor máximo un día en que pasó una tropilla de terneras y terneros con el sobrenadador que se engalga sobre la hembra en marcha?” Su idolatría duró hasta que, por causa de un accidente, tuvo que pasar cuatro meses acostado, “mirando a la Escuela Normal desde la habitación del dispensero, que fue donde me habilitaron la enfermería.” Esta experiencia adolescente anticipa otras dos constantes en la vida y obra de Gómez de la Serna: el amor entre personas a las que separa una gran diferencia de edad—recuérdese la que existiría entre él y su amante Carmen de Burgos, diez años mayor que él—, y ciertos placeres vicarios entre los que se encuentra el voyeurismo. Se destacan ambas constantes en *El secreto del Acueducto*.

Las vacaciones, en Frechilla, le ofrecían una libertad mucho más grande. El capítulo XVI de *Automoribundia* termina, como había empezado, con una evocación de la vida de pueblo observada, en gran parte, a través de los ojos del niño que el autor era entonces. Son unas páginas a la vez sugestivas y ambiguas—tal vez por tratarse de recuerdos íntimos cuyos detalles parece esquivar Gómez de la Serna, guardando el secreto para sí solo. Semejante sensación de misterio—quizá de pudor—frente a lo sexual puede percibirse, también, en sus novelas, que, a pesar de su contenido frecuentemente chocante, suelen ocultar los detalles, dejándolos a la imaginación del lector. Lo mismo ocurrirá en aquellos pasajes de este capítulo que aluden a una experiencia al parecer decisiva en su propio desarrollo. Lo que sí se siente palpar detrás de las reticentes palabras es el pecado . . . y una cierta vergüenza. Parece tratarse de una especie de experiencia voyeurística que constituye, para el niño, una iniciación al acto sexual entre los seres humanos, y que sirve de culminación para sus recuerdos inmediatamente anteriores, donde había aludido a la casa de la



“mujer pasional que esparcía su feminidad por la carretera blanca que allí se encajonaba,” el “pecado de bestialidad [que] rezongaba en la cuadra de su propia casa” y “el dominio del gallo [que] nos extasiaba.” Al acercarse por fin al recuerdo buscado, Gómez de la Serna recurre a unas metáforas sexuales que le preparan el camino. “Yo recuerdo que andaba por mi alma como por una calera blanca—escribe—, ingrediente de construcciones junto a la cantera abierta, cortada a pico y refulgente. Algo así. El monte en enaguas.” Tras identificar cuál será el lugar de lo que va a narrar—el pueblo de Paredes de Nava—, celebrando la suerte que tuvo al haber andado por allí “en esa incierta edad”, añade: “La nitidez no es más que esa edad pura entre la indecisión de vida y muerte—muerte precoz—, descuidándose la castidad de la vida misteriosa considerando que el niño es un niño. ¡Qué lástima! Con que me hubiese fijado un poco la hubiera visto las tetas inmortales. No quería ya ser un niño atontado, pero era . . . un niño atontado.” *El monte en enaguas. . . , las tetas inmortales . . .* Aquí, como en tantas novelas ramonianas, la naturaleza, cóncava y convexa, sirve de reflejo a las personas; la ambigüedad e imprecisión de estas imágenes son propias, además, de la *incierta edad* de ese *niño atontado*. Si no son demasiado claras, tampoco lo es el episodio que introducirán.

En Paredes de Nava estuvo en casa de un notario cuyo suegro “vivía en un despacho lleno de talegas de monedas con gran valor numismático, monedas de excavación que él encontraba y que le traían todos.” Es lo único que le impresionó: “Me imaginé que aquel señor vivía las mañanas jóvenes de los días en aquellas monedas, y una tarde que me llevaron a saludarle y vi las talegas, vi también que su ventana tenía doble luz que todas las ventanas que había yo visto y que vería después.” Varios elementos de esta descripción recuerdan *El secreto del Acueducto*: el interés en la arqueología, la yuxtaposición de presente y pasado, y el énfasis en el detalle de la ventana con su luz. El párrafo siguiente desarrolla el motivo del tiempo: “Me gustó aquel desinterés por las monedas que ya no servían—escribe Ramón—, aquel descriminarlas dándoles su tiempo justo en la Historia. Era como si comprase con aquellos cobres zanahorias y manzanas de otra época al mismo tiempo que aseguraba la longevidad de su barba blanca.”

Tras esta descripción del suegro del notario, y en un párrafo aparte, viene la misteriosa evocación a la que me referí. Empieza así: “Debí de mirar más de lo que miré, y asomarme mejor por ventanillos y ojos de cerradura.” Es una confesión de haber practicado allí—aún más que en la enfermería del colegio—el mismo voyeurismo que exhibirán muchos personajes suyos. “En aquel momento—continúa, sin especificar más qué

momento—pude darme cuenta de por qué a veces nuestra sombra llega antes a un sitio que nosotros, y cómo hay adúlteras en los cuartos perdidos de las casas antañonas. Pude saber también qué historias de niñas abandonadas traen los mendigos que clavetean el aldabón haciendo al silencio zapatos claveteados, y quizá me hubieran dicho dónde está la fuente del agua de Dios.” Algo aprendió, pues, en Paredes de Nava, donde, según cuenta: “Me llevaron a reuniones que yo no acabé de discernir y en las que veía a muchachos y muchachas amarse en los rincones.” No dice más. “La solidez, robustez y persistencia de un pueblo español de lengua puramente castellana no me la dio ningún pueblo como el de Paredes de Nava—concluye—, en el que se veía que vivían los que habían obtenido el pase para vivir otros cincuenta años en la sucesión de viajeros que van pasando por la vida.”

En los siguientes capítulos de *Automoribundia* cuenta Gómez de la Serna la vuelta de su familia a la capital, su instalación en una casa de la calle de Fuencarral y su nuevo colegio de segunda enseñanza—el de los Padres Escolapios en las calles de la Farmacia y Hortaleza⁴—y otros incidentes de estos años adolescentes. En el capítulo XXVI nos enteramos de que regresó—una vez, por lo menos—a Palencia. La fecha es imprecisa, pero parece que fue antes de su primer viaje a París en 1903. “Necesitaba volver a Palencia—escribe ahí—y volver a comer su pan mojado en huevos fritos.” Quedó allí durante unas largas vacaciones, hospedado en casa de la familia que solía sacarlos del colegio los domingos, y que ahora, dice Ramón, “me recibía a mí solo, ya libre, como manumitido” en “aquella ciudad que me estuvo herméticamente prohibida durante algunos años. Celebraba yo—añade—una especie de venganza retrospectiva.” Disfruta de su nueva libertad paseándose por la ciudad, resarciéndose de lo prohibido en la “cárcel del internado.” Y acordándose del pasado: “miraba un momento el antiguo colegio de mi internado suplicante y delicioso, una mirada de evocación a la Normal, en que la mórbida y rubia Fructuosa me hizo creer en la mujer.” Pero si, durante aquella primera estancia, sus amores no habían sido más que imaginarios, ahora goza de un verdadero “idilio” con una belleza lotera, con quien se pasea (acompañados de la madre) por la ciudad. ¿Volvió Ramón otra vez a Palencia, o a otras poblaciones castellanas, antes del empleo de su padre en Segovia? No lo sabemos. Parece evidente, sin embargo, que estas primeras vivencias juveniles prepararían el camino para la visión de Castilla captada dos décadas más tarde en *El secreto del Acueducto*

La experiencia segoviana

La única fuente de información de que disponemos acerca de los años palentinos del joven Gómez de la Serna es su *Automoribundia*, publicado casi medio siglo después. A dicha distancia temporal, así a la fértil—a veces extravagante—imaginación del autor, se puede achacar, quizá, la falta de precisión cronológica que caracteriza gran parte de estas memorias suyas; la fuerza de lo recordado sugiere, no obstante, la importancia que tuvo para él esta época de su vida. A su relación con Segovia, que duraría unos ocho años sin que viviera, que se sepa, más que alguna temporada larga en la ciudad, dedica muchísimo menos espacio en *Automoribundia*, aludiéndose a ella sólo de pasada. Más bien que un decisivo ensayo juvenil, se trata ahora de sólo una más de las numerosas y diversas experiencias de la madurez. Cambia, pues, la perspectiva, aunque no por ello la intensidad, según atestiguan otros textos de Ramón, incluso, claro está, su gran *novela segoviana*.

En la década y media entre la vuelta a Madrid de la familia tras su estancia en Frechilla, y el 14 de abril de 1914, cuando don Javier toma posesión como Registrador de la Propiedad de Segovia⁵, ha pasado mucho en la vida de nuestro autor. Cuenta en *Automoribundia* sus primeras tentativas literarias—artículos en periódicos de provincias—; el bachillerato y rápido viaje a París; la publicación, en 1905, de su primer libro, *Entrando en fuego*; la muerte de su madre un año más tarde; su actuación como Secretario de Literatura en el Ateneo; la licenciatura—y novia—en Oviedo; la creación de su revista *Prometeo*, en donde apareció, en 1909, su importante ensayo *El concepto de la nueva literatura*; el comienzo de su relación con Carmen de Burgos; su estancia de dos años en París, con viajes a Londres, Italia y Suiza; su frecuentación del Rastro madrileño; sus colaboraciones en la prensa . . . Entre 1914 y 1922, fecha de la publicación de *El secreto del Acueducto*, irá alternando entre el permanecer en la capital, donde desarrolla una intensa vida literaria y funda su famosa tertulia de Pombo, y sus frecuentes huidas de ella (París, Portugal, Italia y Suiza, además de viajes dentro de la propia España). Se manifiesta ya propenso a la fecundidad: junto con otros escritos de *Prometeo* y en la prensa, publica primero libritos, luego libros.⁶ Desde el comienzo se nota en la obra narrativa de Ramón una especie de pugna entre la fragmentación—colecciones de textos cortos, como *El Rastro* (1915), *Senos* y *El circo* (ambos de 1917), con una unidad temática a través de la greguería (sus colecciones de *Greguerías* sueltas—la primera data de 1917—, con su falta de eje temático, representan el extremo de fragmentación estructural)—y la

integración de dicha materia prima estilística—las greguerías—dentro de una trama novelesca, cambiando así el enfoque desde los elementos sueltos hasta la totalidad. (Esta incorporación de la greguería dentro de una narración extensa—un paso adelante desde el punto de vista artístico—no impedirá, sin embargo, que siga publicando colecciones de varios tipos a lo largo de su carrera literaria.) Su primera novela corta, *El doctor inverosímil*, apareció en 1914; su primera novela propiamente dicha, *La viuda blanca y negra*, fue publicada en 1917 por José Ruiz Castillo, que acababa de fundar Biblioteca Nueva⁷, donde se editaría, cinco años después, *El secreto del Acueducto*.⁸

Esta novela, fruto de repetidas visitas a Segovia por parte de Ramón a lo largo de ocho años, representará la culminación de una relación con esta ciudad que empezó, sin embargo, mucho antes del nombramiento de su padre como Registrador. En el capítulo XXVI de *Automoribundia* dice que, mientras estudia para el bachillerato, sigue “escribiendo en los periódicos de provincias que se me ofrecen: *La Región Extremeña* y el *Adelanto [sic] de Segovia*. Entonces—continúa—firmo añadiendo al primer apellido compuesto de mi padre el primer apellido de mi madre, el Puig catalán que por no alargar tanto la firma suprimiré después.”⁹ En el capítulo siguiente describe cómo llega a su casa en Madrid “de una imprenta de Segovia un gran cajón oloroso a pino y a papel impreso, que me trae la edición de mi primer libro, *Entrando en fuego*” (Imprenta del *Diario de Avisos*, 1905).¹⁰ ¿Viajó entonces a Segovia para arreglar estos asuntos? Si bien no lo dice expresamente, es bastante probable.

Aunque tampoco se puede precisar cuántas veces fue a Segovia entre la primavera de 1914 y la publicación de *El secreto del acueducto*, es posible hacer unas conjeturas a base de cierta información derivada de varias fuentes, incluso la novela misma. Empecemos con el testimonio del propio autor en *Automoribundia*: “Mi padre es Registrador de Segovia hace tiempo—escribe al comienzo del capítulo XLV—y va a firmar los sábados los infólicos libros de las inscripciones, pasando el verano allí. Una nueva ciudad castellana es atalayada asiduamente por mí y me acostumbro a ser su morador y a admirar todos sus vericuetos. A veces voy por mi cuenta y me establezco frente al gran balcón volado, mirando El Parral y Zamarramala como objetivos puros de un ideal contemplativo. Nada que haya ensanchado mi alma como esas visiones de Castilla que el destino de mi padre permitió que observasen mis ojos, emplazándome en sus plazas y plazuelas.” Durante cinco años don Javier haría un viaje semanal al Registro de Segovia; el 2 de enero de 1919 aparece su firma por última vez,¹¹ lo cual sugiere que la diabetes de que sufría, y que iba

a causar su muerte tres años después, se habría empeorado.

“El local del Registro—escribe Luis Martín García Marcos en “Ramón y Segovia”—, con la vivencia del titular, radicaba frente a la plazuela de la Merced, antiguo Hospital de Peregrinos y propiedad del Conde de Puñonrostro.” Ubicado en la Calle Daoíz, este edificio, del que fue trasladado el Registro a otro sitio después de dejar el cargo don Javier¹², estuvo transformado en sede de la Sección Femenina de Falange durante los años del franquismo, siendo hoy la Casa de la Juventud. No queda nada, pues, de su interior original; en el exterior una lápida, montada en la fachada por iniciativa de José Montero Padilla, recuerda la estancia allí de nuestro autor. Doña Rita Ortega Gilsainz, hija de Hermenegildo Ortega—el que sustituyó al padre de Ramón en el Registro hasta poco antes de que muriera (véase la nota 11)—recuerda que en aquel entonces (ella era muy niña) la casa tenía una gran escalera señorial con dos puertas, una a cada lado. La de la izquierda conducía al Registro; la de su derecha, a la vivienda del Registrador. En el fondo, había un hermoso jardín, separado del Convento de las Descalzas a la derecha por una alta tapia, (todavía existe este espacio abierto detrás de la Casa de la Juventud, según pude comprobar cuando me enseñó el local doña Angela García Fuentetaja). Doña Rita recuerda que don Javier pasó un verano entero en aquella casa, y que estuvo con él allí su hija Dolores, con la que solía salir de paseo a La Granja en un coche de caballo alquilado. En su antes citada crónica (escrita con ocasión de la muerte de Ramón), Luis Martín Marcos dice que la estancia de nuestro autor tuvo lugar “en una temporada estival. Su familia—continúa—residía en Madrid y aquel verano se trasladó a Segovia. Por las tardes, Gómez de la Serna con sus hijos: una muchacha—muy gentil, por cierto—y dos varones—uno de ellos, más bien de parca estatura, de cabello negro, de faz redonda y de mirada chispeante, de nombre Ramón—bajaban por la calle Real, hacia la carretera de La Lastrilla. Y, al llegar al Azoguejo, Ramón se desprendía del grupo familiar y se absorbía en la contemplación del Acueducto.”

¿Volvió Ramón después? “RAMON ya volvió a Segovia muchas veces,” escribe Martín Marcos. “La ciudad le atraía y en las piedras de nuestra ‘puente seca’ en la Catedral encontró motivos para sus más geniales ‘greguerías’, que son la clave de su famosa novela ‘El secreto del Acueducto.’” En *El apasionante mundo del libro*, cuenta José Ruiz-Castillo Basala que Gómez de la Serna fue también “asiduo visitante” en la Huerta del Venado, una finca cerca de La Granja que su padre compró en 1919 (pág. 165). Seguramente regresó a Segovia con frecuencia, quedando unas veces en casa de su padre, y otras—como él mismo indicó—no.

Tanto el ambiente como los detalles de *El secreto del Acueducto* reflejarán todas estas estancias y experiencias. Pero antes de examinar este aspecto de la novela—esperando así identificar cuándo fue redactada—, quisiera llamar la atención sobre tres escritos complementarios, todos de Ramón, que son iluminadores.

El primero, un artículo titulado “Los vencejos”, publicado en *El Liberal* el 6 de julio de 1921, trata de la desaparición de la capital de las golondrinas, que han sido vencidas por los vencejos. Los dos párrafos que siguen recuerdan ciertos pasajes de *El secreto del Acueducto*:

Ya cerca de Madrid, Segovia estaba dominada por los vencejos, gran ejército de ocupación que se dedicaba a hacer sus ejercicios militares en las explanadas del cielo. Su gran cuartel, cuartel de mil pisos para ellos, era el Acueducto, aprovechando para habitación todos los agujeros y todas las rendijas de las piedras que el tiempo va desgastando y aislando al chuparlas como si fuesen grandes terrones de azúcar que si bien tardan en deshacerse acabarán por derretirse por completo.

Ese gran enjambre de vencejos que aprenden la estrategia de tomar las ventanas, las espadañas y los arcos, entrando y saliendo por ese gran espacio que cuadricula y llena de ventanas el Acueducto, parecía que iba a poder con la estabilidad de siglos del gran monumento y que iban a hacer un estrago de ratones en su armazón y que lo iban a apolillar a su manera.

Termina el artículo con el comentario: “—¡Con tal de que no tomen Madrid!—nos decíamos.” Interesa aquí, además de la descripción de los vencejos y del acueducto, los tiempos verbales “nos decíamos” y “estaba dominada”, que sugieren que Gómez de la Serna acaba de visitar, en efecto, aquella ciudad.

El segundo texto, también de la misma época que la novela, se titula “Humos.” Viene de *El alba y otras cosas*, publicado en Madrid en 1923. Aunque no lo identifica, se refiere obviamente a la vista desde las ventanas de la vivienda del Registro:

Y en Segovia, desde mis balcones, que daban a la tapia de uno de los conventos en que estuvo Santa Teresa, he visto cómo se iba en el humo la vida de todas las monjas y cómo se reflejaba en el humo apenas perceptible la gran debilidad de las profesas . . . ¡Inolvidable humo espiritual más que material, en que se veía que no comían casi las pobres miserables! Nunca, en mucho tiempo que he contemplado aquel humo etéreo, que era un temblor del aire, como ese de la luz que reflejan en las paredes los barreños, en cuya agua se espeja el sol, he observado un día pascual, un día de guisado de carne . . . ¡Cuántas monjas escuálidas, liliales y ahiladas, se escapaban todas las mañanas y todas las tardes con las manos debajo del largo tablón del peto por la chimenea del convento segoviano! (pág. 245)

También el protagonista de *El secreto del Acueducto* pasará largas horas mirando el tejado del convento al lado, donde está encerrada su única hija . . .

El tercer texto, de *Automoribundia*, nos da unos detalles interesantes acerca de la redacción de la novela:

Cuando escribí mi novela "El secreto del Acueducto" estuve mes y medio a cordero en el Parador del Acueducto de Segovia y aprendí la maravillosa manera de comer de los arrieros; así, por ejemplo, cómo las uvas son infinitamente más sabrosas que comidas sobre el plato comidas sobre el hule, y cómo lo es el lechón partido con el borde del plato apalándole con ese mismo plato como si fuese un cogedor (cap. LXXXVII)

Aquí tenemos un testimonio directo de dónde se alojó cuando redactaba la propia obra: en un parador que recuerda el sitio donde pasarían don Pablo y Rosario su luna de miel . . . Gómez de la Serna no menciona en qué estación del año estuvo hospedado en aquel parador; Guillermo de Torre aclara este punto en su Preliminar a la edición de *El secreto del Acueducto* publicada en Barcelona por EDHASA en 1962: "Recuerdo que, para compenetrarse con el acueducto, Ramón vivió durante todo un verano, en un mesón frontero, apostado como un centinela, atisbando día y noche sus imaginarias mutaciones, sus reales cambios de luz, extrayendo de sus piedras incansablemente greguerías." Este testimonio, junto con ciertos detalles del texto mismo así como de la vida del autor, da a entender que es bastante probable que la novela fuera redactada en el verano de 1921, la misma época en que apareció el artículo "Los vencejos".

Segovia: Pasado y presente

Antes de examinar dichos detalles conviene evocar, siquiera brevemente, el ambiente cultural de Segovia entre 1914 y 1921, pues, según veremos, lejos de surgir en un vacío, *El secreto del Acueducto* es, en efecto, el reflejo artístico de un período de gran interés para esta ciudad, que parece tomar conciencia colectiva de su historia gloriosa en el momento mismo de hallarse en los umbrales del mundo moderno. Esta tensión entre pasado y presente se percibe a lo largo de la utilísima *Guía y plano de Segovia* de Félix Gila y Fidalgo, publicado por el *Diario de Avisos* en 1906.¹³ "Segovia demuestra su cultura en todos los tiempos—escribe allí, tras referirse al eclipse de la importancia de la ciudad después del reinado de los Reyes Católicos y la derrota de las Comunidades bajo Carlos V—por los hijos que la han honrado en todas las manifestaciones del saber, siendo un centro de dispersión lo mismo para las ciencias, que para las artes e

industrias. En los últimos siglos ha sufrido el aislamiento originado en la quietud de las ideas, pero entrará de lleno en la civilización moderna” (págs. 247–48). En la enumeración y descripción de las iglesias y monumentos de Segovia, su historia y tradiciones, sus costumbres actuales, sus famosas personalidades—muertas y vivas—, los servicios y otras ventajas que ofrece al forastero, se percibe el gran orgullo que tenía el autor tanto por la Segovia de antaño como por la de comienzos del siglo veinte.

El capítulo XIII de esta guía, titulado “Literatura y arte,” empieza con una amplia bibliografía de obras que, según Gila, “el viajero puede proporcionarse en las *Bibliotecas públicas*, establecidas la *provincial* en el Instituto general y técnico, plazuela de Díaz Sanz; y la *popular* en la Sociedad Económica de Amigos del País, Juan Bravo, 2, principal.” En primer lugar figura la monumental *Historia de la insigne ciudad de Segovia y compendio de las historias de Castilla* por Diego de Colmenares en la edición, de cuatro tomos, de Tomás Baeza (1846–47); en segundo, otro texto fundamental: *El Acueducto de Segovia y curiosidades artísticas de la ciudad*, de Andrés de Somorrostro (1820), en una edición de 1861. También están dos famosos libros escritos por viajeros que pasaron por Segovia: el *Viaje artístico a varios pueblos de España* de Isodoro Bosarte (1804), y el *Viaje de España* de Antonio Ponz (1877), libro éste que Ramón dice haber leído—sin precisar cuándo—en el capítulo XLV de *Automoribundia*. Otras guías decimonónicas en la lista—una refundición de *Recuerdos y bellezas de España* de José María Quadrado, fechada 1884; el *Manual del viajero en Segovia, o sea Reseña histórico-descriptiva* de Andrés Gómez de Somorrostro (sobrino) (1861); y los *Apuntes para una guía de Segovia y su provincia* de Pedro Hernández Useros (1888)¹⁴ —pretenden ser mucho más completas en su tratamiento de la ciudad. Gila incluye asimismo obras de dos contemporáneos suyos: el *Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes a la provincia de Segovia* de Gabriel María Vergara y Martín (1904), y diez títulos de escritos del entonces Cronista de la ciudad, Carlos de Lecea y García. Hay más libros en la bibliografía, claro está, y faltan unos cuantos; lo importante es que ella nos da una buena idea de textos segovianos accesibles al público en 1906. Es de suponer que si dichos textos estaban disponibles entonces, lo estarían todavía una década después, cuando el *viajero* que permaneció allí—Ramón Gómez de la Serna—bien pudiera haberlos leído. En efecto, el escritor da la impresión de haberse empapado en la historia de esta ciudad a la que tantas veces volvió.

Tras la publicación de la *Guía y plano* de Gila y Fidalgo, aparecen otros libros dedicados a Segovia, libros que también conocería Ramón. De los

más destacados, el primero, "*Segovia*". *Ensayo de una crítica artística de sus monumentos: con un compendio de un historia y algunas noticias curiosas y útiles al viajero* (1908), por Eugenio Colorado y Laca, es una guía más erudita—y menos práctica—que la de Gila. En la década siguiente aparecen otros tres: el pequeño y encantador *Itinerario sentimental de la ciudad de Segovia, o sea un paseo por sus calles en una noche de luna. Ofrecido a los viajeros que la visitan para mostrarles una muy señalada ruta sobre este antiguo solar* (1905), por Julián María Otero; un estudio monográfico titulado *El Alcázar de Segovia* (1916), por Eduardo Oliver-Copons; y la—todavía—utilísima guía de la ciudad, calle por calle, por el antiguo alcalde Mariano Sáez y Romero, *Las calles de Segovia. Noticias, tradiciones y curiosidades* (1918).¹⁵ Aunque supuestamente escritas para "viajeros", estas obras también podían interesar a los propios segovianos; la de Sáez, en particular, tenía como propósito el educar e iluminar a los habitantes acerca de su propia ciudad. Asentado en su momento actual, con una gran apreciación por la historia y tradiciones locales, refleja mejor que ningún otro libro la Segovia de aquel entonces.

Es un período—recordémoslo—de enormes avances tecnológicos que transformarán en poco tiempo la sociedad occidental. Segovia ya estaba comunicada con otros pueblos y con la capital por carreteras y caminos así como por el ferrocarril (la *Guía* de Gila proporciona detallada información acerca de ambas redes); la introducción del automóvil disminuirá aún más su antiguo aislamiento. Entre los nuevos servicios de que dispondrá la población figuran la distribución del agua por cañería de presión y el alumbrado por luz eléctrica.¹⁶ Aunque se encuentran de repente viviendo intensamente en plena época *moderna*, los segovianos no volverán la espalda, sin embargo, hacia todo lo *antiguo*; al contrario—según reflejan especialmente los libros de Oliver-Copons y Sáez—, parecen tomar nueva conciencia en este momento de su larga y rica historia. Repasando las páginas de *El Adelantado de Segovia*¹⁷ de aquellos años, uno se da cuenta del inmenso orgullo cívico con que desde el presente se interesan muchos ciudadanos por su común pasado.

El secreto del Acueducto: Ecos segovianos

Nada ilustra este orgullo cívico tanto como cuatro celebraciones que tuvieron lugar en Segovia entre 1914 y 1921, y que encontraron algún eco en *El secreto del Acueducto*. La primera, un homenaje al abogado, literato, historiador y cronista de la ciudad, don Carlos de Lecea, fue ideada, y ampliamente comentada, por la prensa en 1914, culminando en un banquete el 4 de noviembre del año siguiente.¹⁸ Este octogenario puede haber

inspirado el personaje del “venerable cronista de la ciudad, que, como senador por derecho propio, pasaba por la calle Real erguido, inacabable, inmortal, con sus noventa y tantos años” en el capítulo XIV de la novela, sin volver a aparecer más. Lo cierto es que el homenaje, con su publicidad, actos y publicaciones, aumentó la conciencia de mucha gente acerca del pasado segoviano.

Al mismo tiempo que se preparaba el homenaje a Lecea, se celebraba en Segovia el centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús (1515–1582)¹⁹, vinculada estrechamente con esta ciudad por haber fundado allí, en 1574, el Convento de Carmelitas Descalzas donde, según la tradición, escribió parte de *Las Moradas* sentada en una silla que aún se conserva. El convento, al lado de la vivienda del padre de Ramón, estaba abierto al público una vez al año, cuando la infanta doña Isabel de Borbón hacía su visita otoñal, rompiendo así la clausura de los conventos segovianos. El de las Descalzas, cuyos tejados están evocados en el artículo titulado “Humos,” desempeña un papel importante en *El secreto del Acueducto*, pues es allí donde está encerrada Mónica, la hija descastada del protagonista. La descripción del interior, en el capítulo XIII, sugiere que Gómez de la Serna también aprovechó una visita de la infanta para penetrar en el recinto prohibido.

Hubo todavía otra celebración en aquella época en que participó, como actores o espectadores, gran parte de la población. Fueron los festejos organizados por el Ayuntamiento el 27 de septiembre de 1915 en honor de la Coronación canónica de Nuestra Señora de la Fuencisla, patrona de Segovia. Tres días después de las ceremonias religiosas, tuvo lugar en las calles y plazuelas de Segovia una “reproducción, con la mayor fidelidad posible, de la proclamación, el 13 de diciembre de 1474, de Isabel I como Reina de Castilla.” “Para ello—son palabras de Oliver-Copons, quien lo presenció—se acudió a las Historias y Crónicas y se solicitó el concurso de artistas, literatos, eruditos, militares y nobles familias segovianas, descendientes algunas de magnates que allá en el siglo XV figuraron en el suceso que se quería conmemorar, y todavía para darle más carácter popular y marcado sabor castellano, con verdadero aspecto de realidad, se quiso que figurasen las demás clases sociales en la cabalgata que a distancia de más de cuatro siglos había de recordar a los presentes un acontecimiento que tanta trascendencia tuvo en nuestra historia” (*El Alcázar de Segovia*, pág. 376). ¿Asistió Gómez de la Serna a esa ceremonia? No sabemos. La proclamación original está evocada al comienzo del capítulo XIV de *El secreto del Acueducto*. Lo cierto es que tanto ésta como las otras celebraciones segovianas habrán estimulado, y aumentado, la conciencia

histórica de todos aquellos que, como ciudadanos o visitantes, se hallaban en la ciudad durante este período.

En abril de 1921 se celebró otro centenario: el de la muerte del comunero Juan Bravo, que había sido degollado en el pueblo de Villalar el 24 de ese mismo mes cuatro siglos antes. Para conmemorarla, decidieron levantar, por suscripción popular, un monumento al héroe segoviano en la plazuela de San Martín, delante de la casa que se creía suya—donde hoy día se encuentra la estatua—, desplazando del sitio para esos efectos la fuente de las Sirenas, que fue colocada en un lugar cercano. Según hace constar *El Adelantado de Segovia*, la recaudación de donaciones duró bastante tiempo. Duró, también, la animada polémica que se había formado no sólo acerca del emplazamiento del monumento sino acerca del escultor segoviano, Aniceto Marinas, a quien se lo habían encargado. La oposición, formada por artistas e intelectuales segovianos, puso en abril un pleito, que sólo fue resuelto—en contra suya—meses después.²⁰ Los que criticaban el proyecto sacaron a relucir la historia de Marinas, quien, de muchacho y monaguillo en la catedral, había empezado su carrera de escultor haciendo figurillas de cera para exvotos.²¹ Gómez de la Serna hace referencia a la casa de Juan Bravo en el capítulo VIII, y de nuevo en el XIV, cuando el protagonista, al pasar por delante de ella, se imagina que “Juan Bravo, en la plaza del pueblo lejano, se orientó un momento hacia esta casa, la afrontó antes de morir y por eso quizás está confirmada por un gesto erguido y altivo, aunque su veladura sea mortal.” Viene a continuación un extraño comentario que debe de ser una especie de alusión irónica a los juveniles comienzos del escultor Marinas: “Falta bajo esa casa una cerería, puesto que él fue maestro cerero, que hacía exvotos, velas rizadas y aquellos largos ovillos de cera que encendían las que se sentaban en el suelo de la catedral, y eran largas cerillas de sereno para poder bajar las oscuras escaleras hacia el purgatorio, en su deseo de llevar un consuelo a sus difuntos . . . ” Si es, en efecto, una referencia irónica a un acontecimiento contemporáneo—y no puede ser otra cosa, puesto que el hidalgo Juan Bravo²² jamás trabajó de cerero—, apoya además nuestra hipótesis de que *El secreto del Acueducto* fuera redactado en el verano de 1921.

Hay en la novela todavía otras alusiones que recuerdan el ambiente—segoviano y español—de la época en que Gómez de la Serna visitaba esa ciudad. En *El Adelantado* del 12 de julio de 1918, por ejemplo, se habla de “El problema del agua en Segovia.” En el capítulo XV de la novela de nuestro autor, don Pablo y Rosario, hospedados en el Gran Parador del Acueducto para su luna de miel, sienten sed: “Llamaron, y la posadera

dijo que se le había olvidado tomar bastante en la hora que el Ayuntamiento daba suelta el agua, pues, aun con su acueducto y todo, Segovia pasa sed en la época estival en que no llueve, secos los antiguos atanores y las modernas cañerías.” Este detalle responde, sin duda, a la efectiva experiencia del autor. El agua sigue siendo uno de los dos grandes problemas de la urbanización de Segovia en aquellos años; el otro es la luz. Las páginas de *El Adelantado* de 1918 y 1919 vuelven a ocuparse de este segundo problema. En agosto de 1918 la sociedad llamada La Electricista Segoviana, que proveía luz a la mitad de los consumidores, se disolvió a favor de la otra sociedad, la modesta e incipiente Cooperativa Electa Segoviana.²³ Un año más tarde, en un artículo titulado “La luz eléctrica en Segovia,” publicado el 6 de julio, se critica duramente la actuación de esta segunda sociedad que, “sin intención acaso, pero evidentemente por falta de comprensión del problema de la luz y de los elementos de que dispone para desenvolverse, se ha metido en un atolladero de donde difícilmente podrá salir sin lesión, y de donde de ningún modo saldrá si sus socios no adoptan resoluciones enérgicas, para las que vemos incapacitado al Consejo de administración. . . . La situación actual es lamentabilísima. Las calles se hallan casi a oscuras; el alumbrado particular llega a tales deficiencias que apenas si se puede leer a la luz de una lámpara de cincuenta bujías.” “¿Qué impide el citar una Junta general—se lee un poco más adelante—llevando soluciones alternativas, si el Consejo necesita que los socios reunidos enmienden los errores en que ha incurrido notoriamente?” Esta situación está aludida en el capítulo II de la novela donde, tras decir que Segovia es tan pobre que “no enciende sus candiles a la noche,” añade el narrador, en párrafo aparte y entre paréntesis, el siguiente comentario: “Su fábrica de luz eléctrica se apaga a cada instante, y no admite abonados, sino accionistas, porque sólo la puede ayudar el que le da una gran cantidad. No la sacaría de pobre el abonado. El abonado más bien la robaría lo que consumiese.” Ramón Gómez de la Serna estaba muy al tanto de la situación.

El capítulo VIII, que comienza hablando de la indignación que sentía el protagonista contra los anticuarios y la compra de iglesias, contiene todavía otro detalle que ayuda a situar la acción: “La casa de los picos ha sido vendida en diez mil duros,” don Pablo lamenta. En efecto, en 1918 la Casa de los Picos había sido vendida por doña Dolores Ezpeleta, Marquesa de Arco Hermoso, a don Leopoldo Moreno, quien, a su vez, se la vendió al obispo por el precio citado por Ramón.²⁴ Por último, una alusión a algo que pasaba fuera de Segovia—y fuera de la península Ibérica—refuerza nuestra hipótesis original acerca de la fecha de la acción, así como de la

redacción, de la obra: "Se mezclaban pensamientos de actualidad a los pensamientos eternos en la cuenta de don Pablo. En los periódicos del día—leemos en el capítulo II—se relataba una nueva derrota en Africa, y don Pablo pensaba, mirando el acueducto: 'Está por encima de las derrotas, pero las siente.'" Debe tratarse del llamado Desastre de Annual del 23 de julio de 1921. *El Adelantado de Segovia* dedica mucho espacio a esta derrota así como a otros aspectos de la campaña de Marruecos durante ese verano. Aunque es imposible saber si Ramón no había empezado a escribir su novela todavía, si coincidió el hecho histórico con el momento en que estaba redactando el capítulo II, o si añadió ese detalle después, creo que existen bastantes indicaciones de que *El secreto del Acueducto* fuera escrito durante el verano de 1921.

Hemos visto que esta novela contiene alusiones al pasado de Segovia junto con otras al momento actual. Es obvio que Gómez de la Serna leyó extensivamente, si no de un modo metódico, para documentarse sobre la historia de la ciudad; es probable que, además de sus propias experiencias y conversaciones con la gente, también leyera a escritores segovianos contemporáneos, por lo menos en la prensa donde, como ya se ha dicho, había publicado él mismo artículos firmando con el doble apellido de Gómez de la Serna y Puig aún antes de que su padre fuera nombrado Registrador. En su crónica "Ramón y Segovia," Luis Martín Marcos dice que fue durante aquella larga estancia estival de la familia (a lo mejor, en 1915) "cuando Ramón Gómez de la Serna, presentado por su padre a nuestro fundador y director, don Rufino Cano de Rueda, publicó en nuestro periódico uno de sus primeros artículos. El encanto de Segovia había prendido en la sensibilidad extraordinaria de aquel muchacho que estudiaba, con poco aprovechamiento, la carrera de Derecho." No sería raro, pues, que llegara a conocer al escritor José Rodao, director, desde 1906 hasta su muerte en 1927, de la página literaria de *El Adelantado*;²⁵ en cualquier caso, no dejaría de leer esta interesante sección.

Hay un pasaje en el capítulo VI de *El secreto del Acueducto* que refleja las contemporáneas lecturas de Ramón: "—Lo han llamado 'Puente seca'—piensa don Pablo, refiriéndose al acueducto—, 'Puente del diablo,' 'Los Arcos,' 'Alta Puente de Hércules,' 'El arpa de piedra,' 'El coloso de granito,' 'El jubinado de piedra,' y qué sé yo cuántas cosas más, incluso cántaro y ánfora . . ." A primera vista diríase que estos nombres son, o bien denominaciones tradicionales, o greguerías inventadas por el autor; aunque algunos sí parecen ser tradicionales, no creo que ninguno sea invención de Gómez de la Serna. En efecto, el nombre *Puente seca* se encuentra ya en la obra de Colmenares, mientras que *Puente del diablo*

y *Alta Puente de Hércules* recuerdan tradiciones o leyendas acerca del origen del acueducto, siendo *Los Arcos* un nombre más bien descriptivo. En cambio, las denominaciones del final de la lista tienen un fuerte valor metafórico que refleja sus orígenes poéticos. —*Lo han llamado...*, piensa don Pablo. ¿Quiénes? Más de un poeta parece haber comparado el acueducto con un arpa. Rafael Ochoa tiene un soneto, fechado 1892, titulado “Arpa granítica”²⁶; Manuel Lassa utiliza la frase “arpa de piedra” en un soneto titulado “Los crepúsculos de Segovia,” que apareció en el primer número de la revista semanal literaria *La Crónica Segoviana* el 6 de junio de 1915, y un artículo firmado por “Pepe” (José Rodao) en *El Adelantado de Segovia* del 22 de julio de 1919 pide más consideración y respeto por “‘El arpa de piedra’ que dijo [José] Zahonero.” En dicho artículo, titulado “El coloso de granito,” aparecen—en alguna forma—todas las apelaciones del final de la lista: “le jubilaron, no hace muchos años, con la enérgica protesta del cronista de la ciudad señor Lecea y de otros enamorados de su grandeza [el subrayado es mío]” se lee allí; Salvador Rueda le llamó “ánfora épica,” “cántaro”... Es evidente que la fascinación que ejercía el acueducto sobre Gómez de la Serna, y, por extensión, sobre su personaje ficticio don Pablo, fue compartida por otros escritores de la época.

Es claro que todas estas experiencias y vivencias personales, así como las lecturas referidas, se encuentran conectadas y reforzadas por el conocimiento que Ramón tenía de textos literarios, clásicos y modernos, relacionados con esta ciudad castellana. Al comentar *El Buscón*, en el capítulo IV de su biografía *Quevedo*²⁷, incluye algunas observaciones acerca de Segovia que bien podrían reflejar lo que él mismo había querido decir en *El secreto del Acueducto*: “No tuvo [Quevedo] que alargarse mucho para alcanzar su magnífica síntesis de España—escribe allí—. Segovia estaba al lado. Segovia sigue estando al lado.” “Quevedo centró en Segovia su alma—se lee un poco más adelante—para dar más claridad a Madrid, tan hermanado con ella por todo, entre otras cosas, porque sus primeros redentores y pobladores fueron segovianos. Se iba a leer el credo a Madrid a la luz de la altura de Segovia, la señora, desapercibido y libre. Es la más elemental ciudad que reúne el pensamiento castellano sin demasiadas ínfulas en sus plazas, en sus miradores y en su vega llena de cuevas.” Para Gómez de la Serna, Segovia sigue siendo igual: “El hambriento pícaro, el huésped de mesones increíbles aún vive en Segovia, y cuando alguien vio la realidad como la vio don Francisco, vive agarrado a esa realidad mientras esa realidad viva. . . . Eso sigue siendo Segovia. Esa inestabilidad estable, ese goce prominente del goce de altura, frente a torres y cielos, y la poquedad del pan acompañado de algo. Pero

¿no engrandece más esa penuria la descongestión de los ojos mirando el cielo? . . . En Segovia, tan pobre y tan hidalga como siempre, se agradece el oler los humos de las ramas con que se hace lumbre donde se hace lumbre.”

Otro autor que seguramente le influyó en su visión de Castilla fue Azorín, a quien Gómez de la Serna ya había dedicado, en 1915, su libro *El Rastro*. Más de una década después, publica una biografía del maestro,²⁸ quien, según dice en el prólogo, “ha sido mi mayor admiración literaria, así como mi mayor admiración ideológica ha estado dedicada a Ortega y Gasset.” Lo que aprecia sobre todo en Azorín es su visión de Castilla: “la mayor conquista de Azorín—escribe en su prólogo—es la del concepto de Castilla. Castilla parece inextricable. En ella han nacido los concentradores de la Península, y en su primavera ha habido luz de denominación y luz de heroicidades. . . . Azorín se da cuenta del valor de Castilla y comienza a definir ese algo incomprensible y muy ingenioso que la caracteriza, y encuentra la manera de dar publicidad al ritmo silencioso, esfíngico y supremo de Castilla.” Los pasajes que siguen elogian la visión de Castilla que tuvo Azorín, quien comprendió la “grandeza” de su “autoridad y sobriedad,” y encontró el “paso rítmico de Castilla, la manera sagaz de encontrar su indistraída sensación del tiempo y del sencillo devenir.” Quizá lo que más atrae a Ramón es el concepto que tuvo Azorín del tiempo: “A lo que dio siempre mayor importancia Azorín fue a la propiedad inmueble que le producía su gran visión de España, esa propiedad que se tiene cuando más cándidamente se asoma uno al balcón de la tarde de los campos, cuando se siente que la muerte está detrás y la vida delante. No sólo vive el pasado al pasar por los mismos sitios que Cervantes pasó, sino el porvenir. Hay una mañana idéntica, una tarde de sol llena de certezas.” Aunque no se refiere aquí específicamente a Segovia—recuérdese que la *Doña Inés* de Azorín es posterior a *El secreto del Acueducto*—, sin embargo es seguro que había leído previos relatos suyos como “Una ciudad y un balcón” y “Las nubes” (*Castilla*, Madrid, 1912), con su recurrencia del acontecer en un tiempo que se eterniza.

Hemos señalado varias razones que nos llevan a conjeturar que *El secreto del Acueducto* fue redactado en Segovia durante el verano de 1921. Hay que añadir un dato más: la muerte de don Javier Gómez de la Serna en Madrid a finales de febrero de 1922, tras la cual Ramón huyó en seguida a Portugal, donde construiría, con su parte de la herencia y un segundo premio de lotería, un chalet en Estoril.²⁹ Aunque el viudo protagonista de su novela segoviana no se parece en nada al padre del autor, es poco probable que a éste se le ocurriera crear un personaje tal, y hacerle vivir

donde vivía don Javier, inmediatamente después de la muerte de un ser tan querido por él. Tampoco parece probable que volviera en seguida a Segovia, ciudad que asociaría con su difunto padre. En todo caso, sabemos que fue a Portugal, donde pasaría bastante tiempo hasta que tuvo que vender su chalet. Mas el recuerdo de Segovia, y de *El secreto del Acueducto*, perduraría allí en dos novelas que, según dice Ramón en el capítulo XLIV de *Automoribundia*, redactó en Estoril: *La Quinta de Palmyra*, cuya protagonista lleva como nombre el del sitio donde Zenobia, la reina de Oriente, fue encerrada como prisionera por el emperador romano Aureliano—historia ésta ilustrada por los magníficos tapices de la Catedral de Segovia³⁰—; y *El novelista*, donde desarrolla muchas ideas acerca del proceso de escribir introducidas ya en su novela segoviana.

City University of New York

NOTAS

- 1 1948; Madrid: Ed. Guadarrama, 1974. 2 vols. Quisiera aclarar que mi ensayo forma parte del estudio preliminar a mi edición crítica de *El secreto del Acueducto*, Col. Letras Hispánicas. Madrid: Ediciones Cátedra, 1986.
- 2 Tomo esta fecha de la monografía *Ramón (Obra y vida)* por Gaspar Gómez de la Serna (Madrid: Taurus Ediciones, 1963), quien dice que la familia quedó allí hasta fines de 1901 (pág. 61).
- 3 Además de Ramón y José (1890–1953), tenían otros tres hijos: Javier (1892–1963), Dolores—la única hermana—(1886–1947) y Julio (1886–1983). Un último niño, Félix, nacido en 1900, moriría un año después. Estas fechas, así como la de la muerte de la madre de Ramón (1906), me fueron facilitadas por la familia de don Julio: su viuda, doña Julia Segovia Varinaga, e hijas María Dolores, Leticia y Susana.
- 4 El Colegio Escuelas Pías de San Antón existe todavía, en la calle de la Farmacia, núm. 13.
- 5 Tanto éste como otros datos referentes al empleo del padre de Ramón me fueron facilitados por don Nicomedes Revenga Martín y don Teodoro Herrero Hernández, del Registro de la Propiedad de Segovia.
- 6 Para un divertido autocomentario acerca de su tendencia a lo prolífico, véase el capítulo XLVIII de *Automoribundia*, “Vida de literato con frenesí plumífero. El Tostado y yo.”
- 7 La relación, que duraría muchos años, entre este extraordinario editor y Gómez de la Serna, está descrita por el hijo de aquél, José Ruiz-Castillo Basala, en *El apasionante mundo del libro: Memorias de un editor* (Madrid: Agrupación Nacional del Comercio del Libro, 1972). En la descripción que hace Ramón de sus primeros contactos con el fundador de Biblioteca Nueva (capítulo XXXV de *Automoribundia*), da a entender la mucha perspicacia que tuvo el “gran

editor madrileño" en reconocer el talento y genio del principiante escritor . . . Aunque Ruiz Castillo seguiría publicando libros de Gómez de la Serna, con quien llegó a trabar una gran amistad, hasta comienzos de la década de los treinta, es poco probable que ganara dinero con las obras de nuestro autor.

- 8 Como detalle curioso, Luis Martín Marcos señala en su crónica "Ramón y Segovia" (*El Adelantado de Segovia*, 15 de enero de 1963; reimpresso en *Crónicas de la ciudad*, [Segovia: Publicaciones de la Academia de Historia y Arte de San Quirce, 1980, págs. 236–37]) que esta edición "fue realizada precisamente en los talleres de EL ADELANTADO DE SEGOVIA . . ." No es cuestión de enumerar las muchas y variadas obras escritas por nuestro autor durante este período, según atestigua la extensa bibliografía de Gaspar Gómez de la Serna en *Ramón (Obra y vida)*. Baste con señalar el repentino crecimiento de su producción novelesca en los años 1921, con la publicación de tres novelas cortas, y 1922, cuando, además de *El secreto del Acueducto*, publica dos novelas largas, *El Gran Hotel* y *El incongruente*, así como otras tres novelas cortas.
- 9 En "Ramón Gómez de la Serna y su 'secreto' del acueducto" (*El Adelantado de Segovia*, 15 de marzo de 1984), Pablo Martín Cantalejo, actual director de este periódico, menciona que el primer libro de Ramón "había sido impreso en nuestra ciudad" y dice que "Gómez de la Serna publicó . . . artículos, con la firma R. Gómez de la Serna y Puig, en nuestro periódico y en el desaparecido 'Diario de Avisos'." Ramón parece confundir el *Diario de Avisos* y *El Adelantado de Segovia* al recordar estos detalles de su vida más tarde.
- 10 En el preámbulo a *Mis mejores páginas literarias* (Madrid: Gredos, 1957), ofrece Gómez de la Serna la siguiente versión de estos contactos segovianos: "Desde Madrid yo enviaba artículos a 'El Adelantado de Segovia,' que era el único diario que me los admitía en aquel tiempo, y un día, cuando ya había publicado bastantes, el director de aquel diario se prestó a hacerme el primer libro. Así, en vísperas de Navidad de aquel año llegó a mi casa un gran cajón, que primero nos pareció un regalo navideño, pero que al abrirlo mostró toda la edición del libro."
- 11 El 2 de enero de 1920 y 1921 firma el sustituto, el Oficial Primero don Herenegildo Ortega; sólo el 18 de febrero del año siguiente—pocos días antes de la muerte de don Javier—aparece la firma de un Registrador Interino, don Juan José Merino, habiéndose declarado incapaz el padre de Ramón.
- 12 Aunque el Registro de la Propiedad se ha mudado de sitio varias veces desde entonces, los empleados actuales conservan todavía—en estado de funcionamiento—el reloj de pared que pertenecía a don Javier, quien lo había regalado a la oficina.
- 13 El único ejemplar que yo conozco de este interesante libro se halla en la Biblioteca Popular de Segovia, el cual pude consultar gracias a la atenta amabilidad de la bibliotecaria en funciones, María Josefa Enciso. Es de esperar que se publique en el futuro en edición facsímil, pues es una obra básica en la bibliografía de esa ciudad. Ya en 1897 había aparecido *Paseos y visitas escolares*

por la ciudad de Segovia y sus alrededores (Segovia: F. Santiuste, 1987), por el mismo autor.

- 14 En el caso de los últimos dos, así como en otros, doy aquí la fecha citada por Gila.
- 15 Un buen número de los libros mencionados en esta parte se puede consultar en ediciones modernas. Existe una nueva edición anotada del de Colmenares publicada en Segovia por la Academia de Historia y Arte de San Quirce; los de Somorrostro, Quadrado, Otero y Sáez y Romero han sido reimpresos en ediciones facsímiles por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia.
- 16 "Segovia ha sido de las primeras poblaciones de España que han tenido luz eléctrica," escribe Sáez, pág. 14.
- 17 Quiero agradecer a don Pablo Martín Cantalejo el haberme facilitado la consulta de la hemeroteca de *El Adelantado* así como dos artículos recientes publicados en el periódico sobre *El secreto del Acueducto*. "Para conocer la vida segoviana de aquel tiempo," escribe Jesús Matamala en *José Rodao. Apuntes biográficos y estudio crítico de su obra* (Segovia: Instituto Diego de Colmenares, 1961), refiriéndose a la sección titulada "De lunes a lunes" que llevaba en este periódico el poeta Rodao, "no hay más remedio que acudir a sus artículos" (pág. 62).
- 18 Este homenaje, al que se adhirieron muchos segovianos importantes, entre ellos el poeta José Rodao y el ceramista Daniel Zuloaga, está documentado en el *Historial del homenaje tributado en Segovia el 4 de noviembre de 1915 al Excmo. Sr. D. Carlos de Lecea y García* (Segovia: Imprenta "Prensa de Segovia," 1916).
- 19 En *El Alcázar de Segovia* Eduardo de Oliver-Copons incluye un poema de José María Gabriel y Galán publicado "cuando el Centenario de 1914" (nota 130, pág. XXI).
- 20 *El Adelantado de Segovia* publica el 22 de abril el "comunicado" de protesta, sin querer tomar partido. El 22 de junio informa que la Real Academia de Bellas Artes ha apoyado el proyecto original. Marinas, autor de numerosas estatuas en Madrid así como en Segovia, era, también, académico de Bellas Artes. Tras la inauguración de su monumento a Daoíz y Velarde en los jardines del Alcázar, "Aniceto Marinas fue proclamado 'hijo predilecto' de Segovia el día 20 de julio de 1910," según anuncia el título de una crónica de Luis Martín García Marcos, en *Crónicas de la ciudad*, págs. 314-25.
- 21 Debo al profesor Luis Felipe de Peñalosa, quien tanto auxilio me prestó en mis investigaciones segovianas, esta información, que me ayudó a aclarar una referencia en *El secreto del Acueducto* a la que en seguida aludiremos.
- 22 Para detalles acerca de la familia, patria de origen y patrimonio del famoso comunero, véase P. Luis Fernández, *Juan Bravo* (Publicaciones de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia, 1981).
- 23 Véase el artículo titulado "El problema de la luz en Segovia," publicado el 21 de agosto de dicho año.
- 24 Esta compra, mencionada por Sáez (págs. 99-100), me fue aclarada por el

profesor Peñalosa.

- 25 Según su ya citado biógrafo, Jesús Matamala (véase la nota 17), al confiarle a este poeta la dirección de una página literaria Cano de Rueda quería imitar *Los "Lunes" del Imparcial*, dirigido por don José Ortega Munilla, padre del filósofo, donde había colaborado antes Rodao (pág. 61).
- 26 Este poema fue reproducido en la página literaria de *El Adelantado* el 5 de noviembre de 1959.
- 27 1953; en *Biografías completas* (Madrid: Aguilar), págs. 241–436.
- 28 Azorín, 1930 (una primera versión había aparecido en la *Revista de Occidente* en 1928); en *Biografías completas*, págs. 1153–1395.
- 29 Este chalet, llamado El Ventanal, existe todavía en una cuesta con una hermosa vista al mar. Lo pude visitar hace dos años, gracias a unas gestiones de mi amigo Ernesto da Cal. Había quedado casi en ruinas. Alguien lo había comprado, y cuando lo visité habían vaciado gran parte del interior para construir, según nos dieron a entender los trabajadores, varios apartamentos.
- 30 La historia de los tapices está descrita en el libro de Colorado y Laca. Cuando preparé el estudio introductorio a mi edición crítica de *La Quinta de Palmyra* (Madrid: Espasa-Calpe, 1982), ignoraba esta posible fuente del nombre de la protagonista.